



Carolina Carubin – *Sin Lugar para los Débiles*

“Debes consumirte en tus propias llamas; ¿cómo pretendes renovarte sin haber sido antes ceniza!”
Friedrich Nietzsche, Así habló Zaratustra (1885)

Me gusta pensar que el arte enriquece la vida de las personas. El arte como un campo de batalla donde se retroalimentan energías creativas de todo tipo: algunas destruyen, otras construyen, pero en la sinergia entre ellas, el resultado es siempre superador aun cuando compromete las emociones más profundas y a veces dolorosas. Muchos artistas eligen sumergirse en esas aguas turbulentas e indagar desde allí, generar un espacio productivo de transmutación y resiliencia y transformar lo indecible en materia. Carolina Carubin es uno de ellos.

Construir y edificar son acciones que para la artista -arquitecta ella- representan la asimilación de procesos cotidianos, familiares, a través de la producción de un tipo de obra que guarda relación estrecha con esa inmediatez recurrente de su entorno. La búsqueda de toda su estética y línea creativa está signada por el uso de materialidades que hacen eco de un eje conceptual que Carolina Carubín vienen trabajando silenciosamente desde sus primeras pinturas, hasta afianzarse en el campo de lo textil desde donde puede hacer salir la obra del plano, cobrando volumen, tomando el espacio. Son piezas de una abstracción visceral, orgánica, repletas de insinuaciones que permiten intuir rutas, ríos, venas, cicatrices que se imprimen en los elegantes y sutiles papeles gracias a la presión vital del grabado. Series pioneras como *Corriendo velos* (2015) o *Cortezas* (2018), nos acercan un panorama, apenas esbozado de lo que vendría tiempo después. Pequeñas maquetas que contienen relatos cosidos, sostenidos suavemente pero que en su aparente fragilidad, ponen en escena contrastes de fuerzas y cierta inquietante violencia. Es en la serie *Pequeños Mundos* (2019) donde el círculo, figura perfecta que organiza y amalgama, habilita el peligro latente que representan los filos de acero detrás de una fachada estéticamente estructurada.

Pero es quizás en los últimos trabajos de Carolina donde se produce una síntesis cada vez más contundente porque la idea está tan clara que la materia conspira para hacerla presente. La serie *Transformare* (2020) combina madera, papeles, cuerdas, alambres, todos ellos imbricados en una danza amorosa, fraternal, que los interrelaciona al punto de no poder desvincularlos ni visual ni literalmente. Repleta de referencias a una realidad emocional propia, esta suerte de autorretrato se despliega en una variedad de piezas que tienen la particularidad de hacer hincapié en esa relación complementaria que la artista establece entre los nudos que sujetan y los nudos que enredan. Porque es todo parte de un proceso dialéctico donde aquello que es contenido, a veces se ve atrapado por su propio continente, pero muchas otras, ese continente es necesario como condición de posibilidad de su ser. Carolina debate y define la estructura de sus obras en medio de esa tensión permanente por sujetar sin retener, por restaurar dejando el menor rastro posible del desgarrar, por abrazar con su coraza sin herir con su contundencia.

La materia vive en la obra de Carolina Carubin. Sus objetos y esculturas, condensan una historia de vida que nos habla de las pasiones con las que todo ser humano debe lidiar. En

su caso personal, la artista elige hacer de esos torbellinos emocionales plagados de la incertidumbre de la inmediatez y los cambios repentinos, una comunión con fundamentos estables y sólidos, aquellos que solamente el amor logra construir. Su obra se presenta amigable aun cuando guarda en su interior una visible lucha por armonizar aquello que busca imponerse, un trabajo cuya franqueza se vale de mínimos recursos para máximos resultados, donde la firmeza de lo más pequeño, de lo imperceptible, logra cobrar protagonismo cuando la mirada del espectador se adentra en los canales abiertos por la artista, especialmente diseñados para dejarla penetrar.

El arte, como la vida, se transita con un sabor agridulce; es quizás uno de los lugares donde mejor se expresan las emociones humanas que no habilitan racionalización. Para Carolina, el arte es la forma de entender lo imposible, de darle una forma aprehensible. Es entonces un acto de absoluta libertad y voluntad exponencial, hacerse de las herramientas que provee la fortaleza para acercarse a los propios abismos y enfrentarlos, para tomar a los miedos de la mano y convivir con ellos. En cada obra, Carolina pone de manifiesto su lucha como mujer y como artista; en el arte se reinventa y con ella, reinventa su entorno. En cada obra, Carolina se consume en sus llamas y renace de sus cenizas.

Lic. María Carolina Baulo, Septiembre 2020

Carolina Carubin – *No Place for the Weak*

“You must consume yourself in your own flames; How do you intend to renew yourself without having been ash before!”
Friedrich Nietzsche, Thus Spoke Zarathustra (1885)

I like to think that art enriches people's lives. Art as a battlefield where creative energies of all kinds are fed back: some destroy, others build, but in the synergy between them, the result is always superior even when it compromises the deepest and sometimes painful emotions. Many artists choose to immerse themselves in these turbulent waters and investigate from within, generate a productive space of transmutation and resilience and transform the unspeakable into matter. Carolina Carubin is one of them.

Constructing and edifying are actions that for the artist – she's an architect - represent the assimilation of everyday, familiar processes, through the production of a type of work that is closely related to the recurring immediacy of her environment. The search for all her aesthetics and creative line is set by the use of materialities that echo a conceptual axis that Carolina Carubín has been working silently from her first paintings, until establishing herself in the field of textiles from where she can get the work leave the plane, gathering volume, taking up space. They are pieces of a visceral, organic abstraction, full of insinuations that allow us to intuit routes, rivers, veins, scars that are printed on the elegant and subtle papers thanks to the vital pressure of the engraving. Pioneering series such as *Corriendo Velos (Sliding veils, 2015)* or *Cortezas (Cortex, 2018)*, bring us a barely sketched panorama of what would come later. Small models that contain sewed stories, gently held but that in their apparent fragility, stage contrasts of forces and a certain disturbing violence. It is in the *Pequeños Mundos (Small Worlds, 2019)* series where the circle, a perfect figure that organizes and amalgamates, enables the latent danger represented by the steel edges behind an aesthetically structured facade.

But it is perhaps in Carolina's last works where an increasingly forceful synthesis is produced because the idea is so clear that the matter conspires to make it present. The *Transformare (2020)* series combines wood, papers, ropes, wires, all of them interwoven in a loving, fraternal dance that interrelates them to the point of not being able to unlink them either visually or literally. Full of references to an emotional reality of its own, this kind of self-portrait unfolds in a variety of pieces that have the particularity of emphasizing that complementary relationship that the artist establishes between the knots that hold and the knots that entangle. Because it is all part of a dialectical process where what is contained is sometimes trapped by its own container, but many other times, that container is necessary as a condition of possibility of its being. Carolina debates and defines the structure of her works in the midst of that permanent tension to hold without retaining, to restore leaving the least possible trace of the tear, to embrace with her armor without hurting with its forcefulness.

Matter lives in Carolina Carubin's work. Her objects and sculptures condense a life story that tells us about the passions that every human being must deal with. In her personal case, the artist chooses to make those emotional whirlwinds plagued by the uncertainty of

immediacy and sudden changes, a communion with stable and solid foundations, those that only love can build. Her work is friendly even when it keeps within it a visible struggle to harmonize what it seeks to impose, a work whose frankness uses minimal resources for maximum results, where the firmness of the smallest, the imperceptible, manages to become protagonist when the spectator's gaze enters the channels opened by the artist, specially designed to allow it to penetrate.

Art, such as life, is transited with a bittersweet flavor; it is perhaps one of the places where human emotions that do not enable rationalization are best expressed. For Carolina, art is the way to understand the impossible, to give to it an apprehensible form. It is then an act of absolute freedom and exponential will, to acquire the tools that provide the strength to approach the abysses themselves and face them, to take fears by the hand and live with them. In each work, Carolina reveals her struggle as a woman and as an artist; in art she reinvents herself and with it, she reinvents her environment. In each work, Carolina is consumed in her flames and reborn from her ashes.

Lic. María Carolina Baulo, September 2020